

JOSE CLARÀ

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques

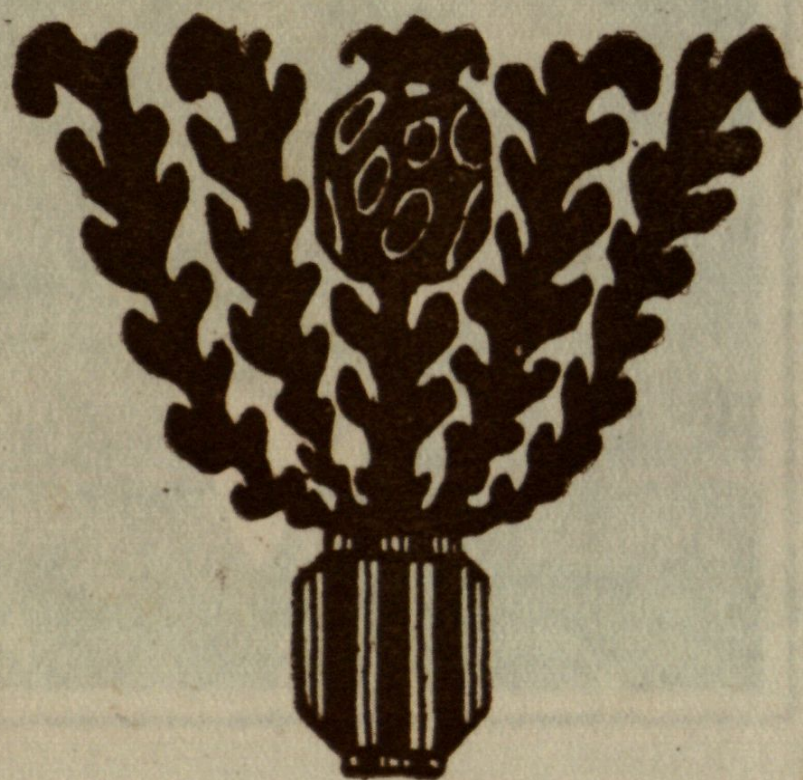


1500509132



E S T R E L L A

JOSÉ CLARÁ



INSTITUT D'ARTS I LLETRES
DE BARCELONA



JOVÈ CLARA



TIPOGRAFIA ARTÍSTICA
CERVANTES, 28 - MADRID



JOSÉ CLARÁ

JOSÉ CLARÁ

I

ESA colosal estatua *Serenidad*, esos bustos de mujeres sonrientes, esas figurillas flameantes como alaridos de pasión, o reposadas con una blanda actitud de ternura, que París acaba de ver en el Salón de Otoño, fijan el advenimiento de una fase evolutiva — más personal aún, más capacitada para la profundidad permanente de su significación definitiva — en la trayectoria estética de José Clará.

Ligada a la escultura francesa, durante veinte años de convivencia en los talleres famosos, en los Salones multitudinarios, respirando esa extraña atmósfera de sensualismo refinado y de intelectualidad repleta que constituye el hálito del París artístico, la escultura de José Clará — aun conservando sus nativas fragancias mediterráneas — respondía a las modalidades sucesivas de Rodin y sus discípulos, maestro y condiscípulos también de Clará.

Así la encontramos reminiscencias fraternas de las

J o s é C l a r á

otras reminiscencias en sus coetáneos franceses: el sentimiento arcaizante, el goticismo fuerte, la gracia renacentista y, por fin, el retorno al clasicismo helénico, con su divinización un poco impasibilizadora del cuerpo y del espíritu humanos.

Pero en José Clará dábese, además, la exaltación apasionadamente sensual de la forma.

No era una sensibilidad subalterna la que se ofrecía en los arcaísmos, goticismos y renacentismos (a través del francesismo actual, no del todo evitable) sucesivos o alternos de José Clará, sino una fuerte ansia vital, sujeta, domada por las normas del pensamiento muy disciplinado y de la acción muy educada por la técnica.

Este caso no es único. Se reproduce a lo largo de los temperamentos destinados a la genialidad consciente. El genio se malogra con las prematuras impacencias y las precoces rebeldías. En cambio se afianza, se prepara a la permanencia, supeditándose a un aprendizaje de las cualidades externas, a un cultivo íntimo, recoleto, de las facultades nativas.

De este modo, entre las figurillas primerizas de Clará, entre sus testas de la época catalana y adolescente (cuando París significaba aún la quimera para su ímpetu juve-

J o s é C l a r á

nil) y esta *Serenidad*, amplia de concepto, de resultado y de expresión, la línea escultural de Clará señala una curva que todavía asciende hacia su cenit. Casi no es curva, sino esa recta primera, rauda, segura, que va buscando el vértice del futuro ángulo para culminar.

II

JOSÉ Clará nace en Olot el 16 de Diciembre de 1878. Aquella testa viril, enérgica, que había de titular *La voluntad*, y que tiene el elocuente orgullo de su firmeza inquebrantable, es como el símbolo de la vida moceril de Clará.

En aquella cabeza de rasgos nobles y bellos, de barbas fluviales, de labios rectos sobre los cuales cae perpendicular la nariz, de ojos serenamente imperiosos, se ofrece el entusiasta espectáculo de audacia y testarudez que representa la primera época del escultor.

En 1897 marcha José Clará a Francia. En Tolosa, un hermano suyo que precede, pero no alcanza, a José en su arte, le consigue colocación en el mismo taller industrial

J o s é C l a r á

donde él trabajaba. Asiste a la Escuela de Bellas Artes tolosana, y obtiene todos los premios de dibujo y modelado. En 1900 marcha a París. Durante algún tiempo vive haciendo retratos al pastel. Asiste al estudio de Augusto Rodin, y luego a la Academia de Bellas Artes. Es un período de trabajo febril, de éxitos honoríficos y de penurias económicas. La voluntad ejerce noble tiranía sobre todos sus actos: expone en el Salón de París, regala las obras premiadas al Museo de Gerona, trabaja en la decoración escultórica del Casino de Montecarlo. Su estatua *Tormento*, que se conserva hoy en el Museo de Barcelona, es comentada en un largo artículo por Bourdelle, uno de los más grandes escultores franceses contemporáneos.

El año 1910 es el que tiene más resonancia triunfal para José Clará. Expone en París un conjunto de 40 obras, y el Estado francés adquiere para el Museo de Luxemburgo una de ellas. Obtiene sendas medallas en la Internacional de Bruselas y en la Internacional de Madrid.

Sobre estos éxitos eleva la armonía formal, la gracia tranquila de *La diosa*. Un año antes, en 1909, el boceto de esta figura se titula *Enigma*, y obtiene para Clará el título de «sociétaire» de la National de Bellas Artes. Un año después, en 1911, ya laureado con dos medallas de

J o s é C l a r á

oro, le es otorgado un gran premio especial. En 1912, primera medalla en la Exposición Internacional de Amsterdam.

La diosa es la exaltación apasionadamente sensual de la forma. Toda ella está como recogida en un arrobaamiento de belleza, en sana paganía. Habla de los cánones clásicos con palabras nuevas y criterios inéditos. El mundo antiguo se adivina latente en esa gracia dulce de la actitud, en esa línea fácil y clara que insinúa y recobra las masas. En el rostro purísimo hay como el ensimismamiento de evocaciones remotas y felices; en la calma íntima, voluptuosa, con que los miembros se unen sin la menor violencia anatómica, con la sencillez feliz de los versos de una estrofa perfecta, aguarda una futura libertad de danza. En el torso, fuerte y delicado a un tiempo mismo — con la granazón pomposa de los senos capaces de amamantar semidioses y héroes —, se siente circular la vida.

Ya bajo la sombra de laureles, en la fecunda seguridad de la existencia conquistada sin premuras, sin anónimas abdicaciones de retribuidos industrialismos, imaginamos cómo Clará va depurando más todavía su arte; cómo este recogimiento divino de *La diosa* va a moverse en el espacio con actitudes sueltas de danza; cómo la armonía estática se cambiará en un dinamismo armonioso.

Los triunfos se acumulan. Es nombrado «sociétaire» del Salón de Otoño. Sus obras son adquiridas para Museos oficiales y Pinacotecas particulares de Francia, Bélgica, Inglaterra y varias Repúblicas hispano-americanas.

Entonces surge *El ritmo*. Son dos bailarinas, cuyas almas y cuyas vestiduras se confunden, cuyos fraternales ritmos componen una total euritmia. La ondulante línea que inicia la una, es prolongada y airosamente concluída por la otra. Tienen los cuerpos de tanagranas, y en esos cuerpos encendidos los espirituales fulgores que consumen a las muchachas evocadas por las *Canciones de Bilitis*. La belleza silenciosa de los mármoles y bronce anteriores adquiere ya una voz de suaves y embriagadoras modulaciones. Los dioses, los símbolos, las abstracciones ideológicas van a humanizarse.

Y es como si, al fin, todo el mundo antiguo, inmobilizado en los Museos, viniera a participar de nuestra vida contemporánea para embellecerla y dignificarla.

De pronto el sentimiento cristiano tiende, como una atmósfera de castidad, de sacrificio y de confianza, en las promesas eternas sobre tanta fecunda paganía.

Clará trabaja en un monumento funerario. Un coloso femenino, para un recinto plácido, entre mirtos, arrayanes y

J o s é C l a r á

laureles. Sobre los ultraterrenos secretos alzaré la masa realmente estatuaria, cual en los tiempos remotos, cuando la escultura acababa de desgajarse — fruto demasiado maduro ya — de la arquitectura.

Ese coloso, concebido para una mortal evocación cristiana de renunciamento, y que, sin embargo, tiene un grandioso vitalismo, es la *Serenidad*.

Cubren el cuerpo, fraterno del de *La diosa*, los paños de aérea impalpabilidad que movían las tanagranas de *El ritmo*. Pero va más allá en la expresión ideológica y en el perfeccionamiento técnico del escultor catalán.

Fuerte, severa y al mismo tiempo dotada de esa amplitud formal que caracteriza la fecundidad, esta matrona, destinada a velar sobre la muerte, y con su aspecto sereno de la vida colmada, fué durante los días renacientes del último otoño francés la granazón del arte español en París.

Clará ha llegado a ese instante en que un artista puede hacer alto en el camino, y contemplar toda su obra preterita para luego concebir las normas futuras.

Así, reposada, majestuosa, *Serenidad* representa el momento en que uno de los más grandes escultores de la España actual tiene derecho a ser consagrado por sus contemporáneos.

III

ES tal vez la última *diosa* que Clará va a evocar sobre mármoles de hoy con una densa paganía de museos y de lecturas. En cambio, ya sin secretos el oficio, sin peligros el entusiasmo proselitista que acucia a las juventudes destinadas a hablar más tarde con el acento propio, ya desligado de contactos furtivos o permanentes, el artista va a expresar el concepto concreto de la humanidad, no el concepto abstracto de la divinidad, como hasta ahora.

No importa se titule *Divinidad* esa canción de carne amorosa que se contempla en un lago imaginario. Lo que tiene de divino no le llega de siglos o de creencias ultraterrenas. Le es muy suyo, con el encanto sinfónico de las formas, con el éxtasis complacido de sí misma. Nace, sobre todo, de la palpitación humana de los miembros, expresados en un giro espontáneo de la felicidad física.

Por lo tanto, si no temiéramos desvirtuar la sensa-

J o s é C l a r á

ción de grandeza moral que sugiere toda la obra de Clará, diríamos que esta palabra *divinidad* tiene la fragancia popular de un piropo a la mujer.

Hay también que pensar en la transmutación ideológica de la guerra, en lo que significa de convulsión de espíritus, como de pueblos, la contienda de cinco años.

Durante ese lapso de tiempo — que coincide, repetimos, con la plenitud temperamental del artista —, Clará ha seguido trabajando en París, bajo la amenaza cotidiana de los aviones enemigos, agitado por la isocronidad violenta del heroísmo y del dolor, compartiendo la turbulencia espiritual y los sacrificios corporales de Francia.

Inevitablemente en José Clará había de fijar una huella profunda el período lústrico y bélico. *Serenidad, Divinidad, La danzarina, El ritmo*, son de los comienzos de la guerra. Luego van apareciendo el legionario desnudo, que recordará la abnegada gratitud de los hombres libres a la Patria universal; los rostros femeninos, que sonríen de un modo melancólico y abstraído; la figura maternalmente expresiva que el artista nombra *Ternura*.

El soldado, la mujer, el hijo.

Temas eternos, y sin embargo, destacados más que nunca en la vida actual, que se frota los ojos como des-

pués de un mal sueño, y que se tambalea como una convalesciente al dar los primeros pasos en la mañana tibia y en un jardín donde la floral exuberancia hará olvidar los delirios matorrosos de la fiebre.

El modelador de colosos marmóreos pone todo el fervor místico de una oración en esa estatuilla de una madre que amamanta al hijo y se siente deshacer en él por la sagrada convexidad de los senos.

De las diosas a las pobres mujeres el tránsito devuelve al escultor a la entraña fecunda, inagotable, de la existencia humana.

Sin pestaños cobardes, pero a veces con el velo de las lágrimas, el escultor — ¡y este escultor es como el símbolo de tantos millones de hombres! — se ha asomado a los abismos de la guerra; nada de las antiguas catástrofes, de las hazañas legendarias, supera al espectáculo universal que aún no ha terminado. Por eso, como el fruto de una grandiosa revelación, ya el arte — majestuoso, sereno y levemente impasible ayer — de José Clará, será cordialmente, sencillamente, melancólicamente humano.

Y para gloria nuestra coincide esa culminación ideológica, ese recrudescimiento de humanismo en el maestro con su retorno a España.

J o s é C l a r á

Lentamente, no con las pieles desgarradas, el cuerpo flaco y el alma desencantada del hijo de la parábola, sino con un cortejo triunfal y con las manos colmadas de presentes dotados de inmortalidad, artistas hijos de España, ignorados de España, a ella vuelven.

Ayer, Zuloaga y Anglada; ahora, Clará.

Gracias a las modernas generaciones, la Patria ya es digna de estos retornos.

JOSÉ FRANCÉS.

ÍNDICE DE LAS LÁMINAS

José Clará. (Fot. Cournoff, París.)	1	Retrato	22
Adolescencia	2	Cabeza de niño	23
Pubertad.	3	El trabajo	24
Desnudo	4	El trabajo	25
Hércules.	5	Juventud	26
Baco.	6	Sonia.	27
Esfinge	7	La diosa	28
Cabeza	8	La diosa	29
Erato	9	La diosa (detalle)	30
Juventud	10	Retrato	31
El Alba (frente).	11	Retrato	32
El Alba (perfil)	12	La vida contemplativa	33
Mancebo	13	Danzarina	34
Enigma	14	Divinidad	35
Reposo	15	Divinidad	36
El ritmo	16	Vida interna	37
El crepúsculo	17	Serenidad	38
La voluntad	18	Serenidad	39
Raimundo Lulio.	19	Ternura	40
Luis Vives	20	Retrato	41
Francisco Ximénez	21		

MONOGRAFÍAS DE ARTE

TOMOS PUBLICADOS

SANTIAGO RUSIÑOL.
JULIO ANTONIO.
J. ROMERO DE TORRES.
JOAQUÍN SOROLLA.
RAMÓN CASAS.
MIGUEL VILADRICH.
IGNACIO ZULOAGA.
MANUEL BENEDITO.
F. ALVAREZ DE SOTOMAYOR.
AGUAFORTISTAS.
JOSÉ LÓPEZ MEZQUITA.
JOSÉ CLARÁ.

INMEDIATA PUBLICACIÓN

FEDERICO BELTRÁN.
GUSTAVO DE MAEZTU.
EDUARDO ROSALES.

EN PREPARACIÓN

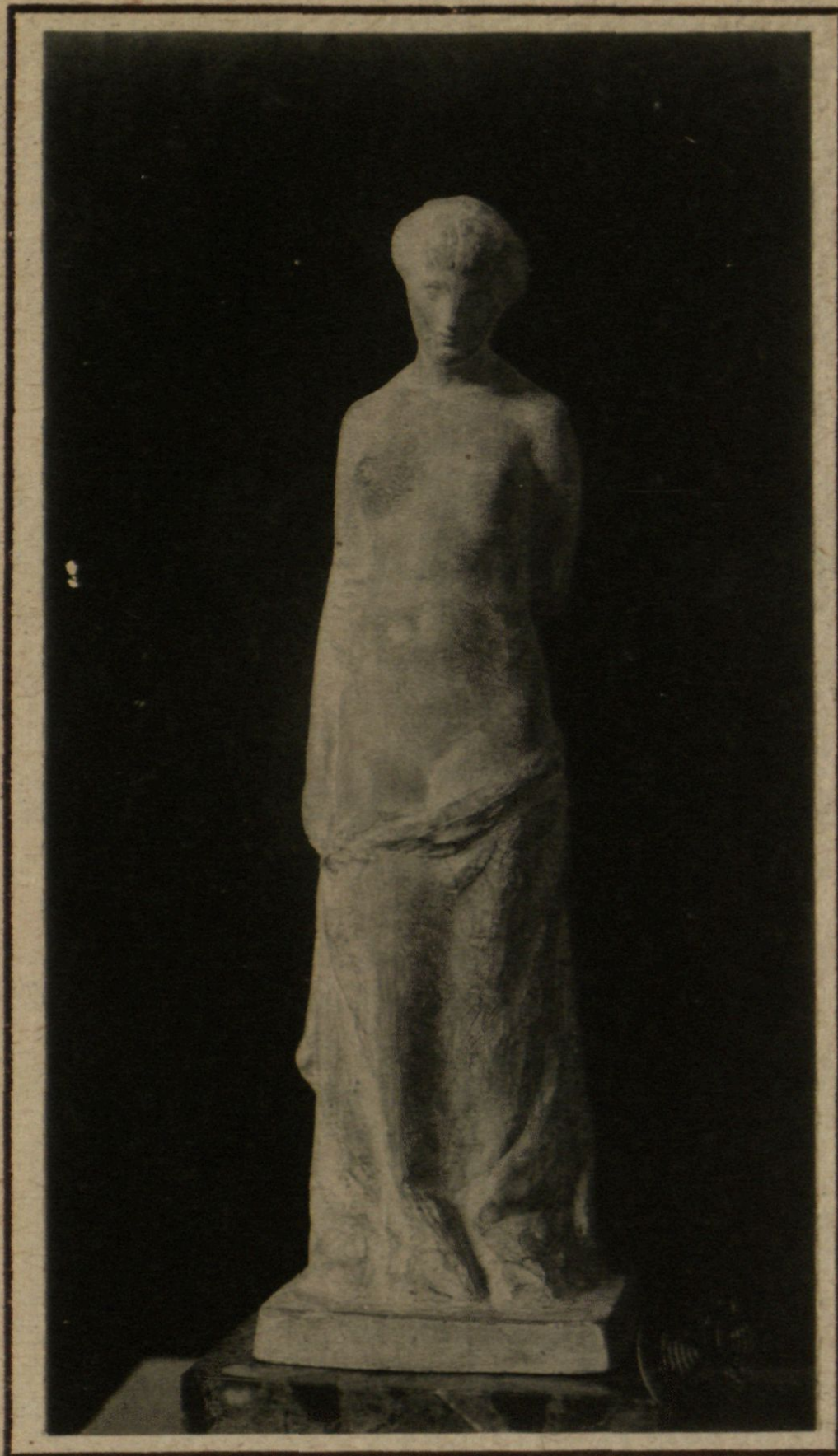
MANUEL CASANOVAS.
ANSELMO MIGUEL NIETO.

RETRATISTAS DEL XVI, XVII, XVIII y XIX

ANTONIO MORO.
PANTOJA.
CARREÑO.
SÁNCHEZ COELLO.
VICENTE LÓPEZ.
ESQUIVEL.
GUTIÉRREZ DE LA VEGA.
ESTEVE.
FEDERICO DE MADRAZO.



ADOLESCENCIA



PUBERTAD



DESNUDO



HÉRCULES



BACO



ESFINGE



CABEZA
CÍRCULO ECUESTRE DE BARCELONA



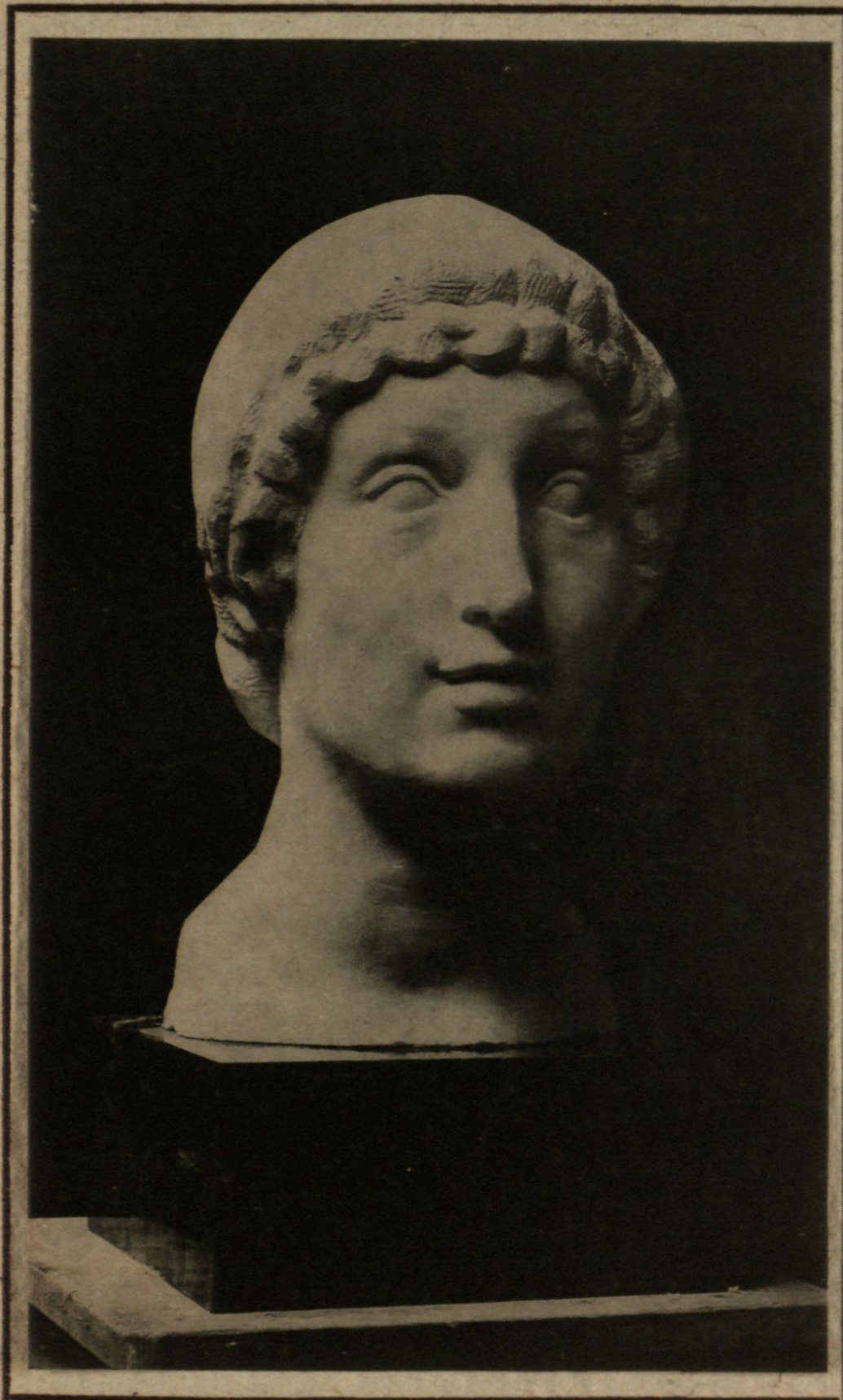
ERATO

PROPIEDAD DE LA SEÑORA M. L. DE INFANTE



JUVENTUD

10



EL ALBA
COLECCIÓN DE LA VIZCONDESA DE RANCOUGNE



EL ALBA



MANCEBO
MUSEO DE BARCELONA





REPOSO



EL RITMO
MUSEO DE BARCELONA



EL CREPÚSCULO
MUSEO DE SANTIAGO DE CHILE

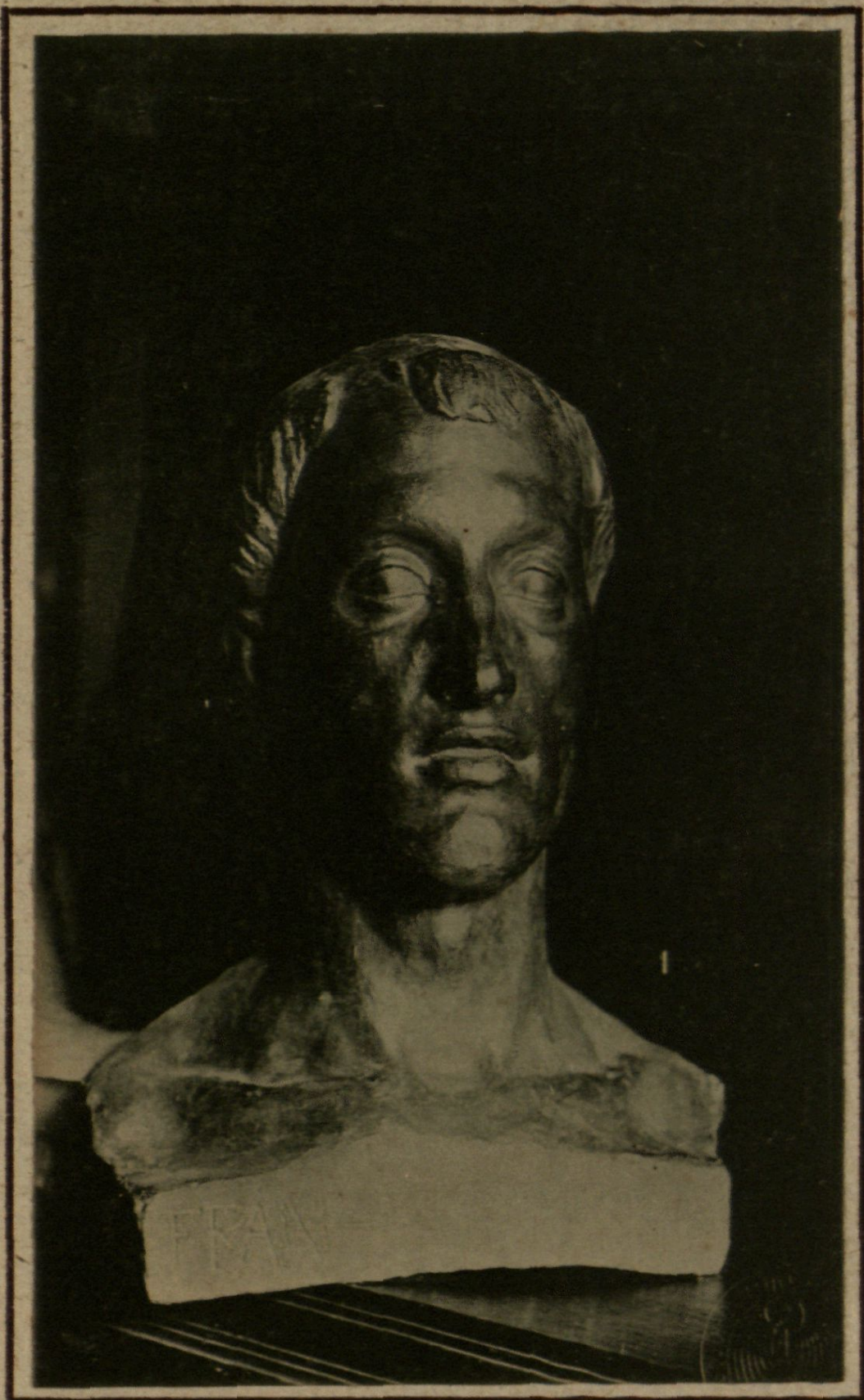




RAIMUNDO LULIO
CENTRO DE ESTUDIOS CATALANES, DE BARCELONA



LUIS VIVES
CENTRO DE ESTUDIOS CATALANES, DE BARCELONA



FRANCISCO XIMÉNEZ
CENTRO DE ESTUDIOS CATALANES, DE BARCELONA

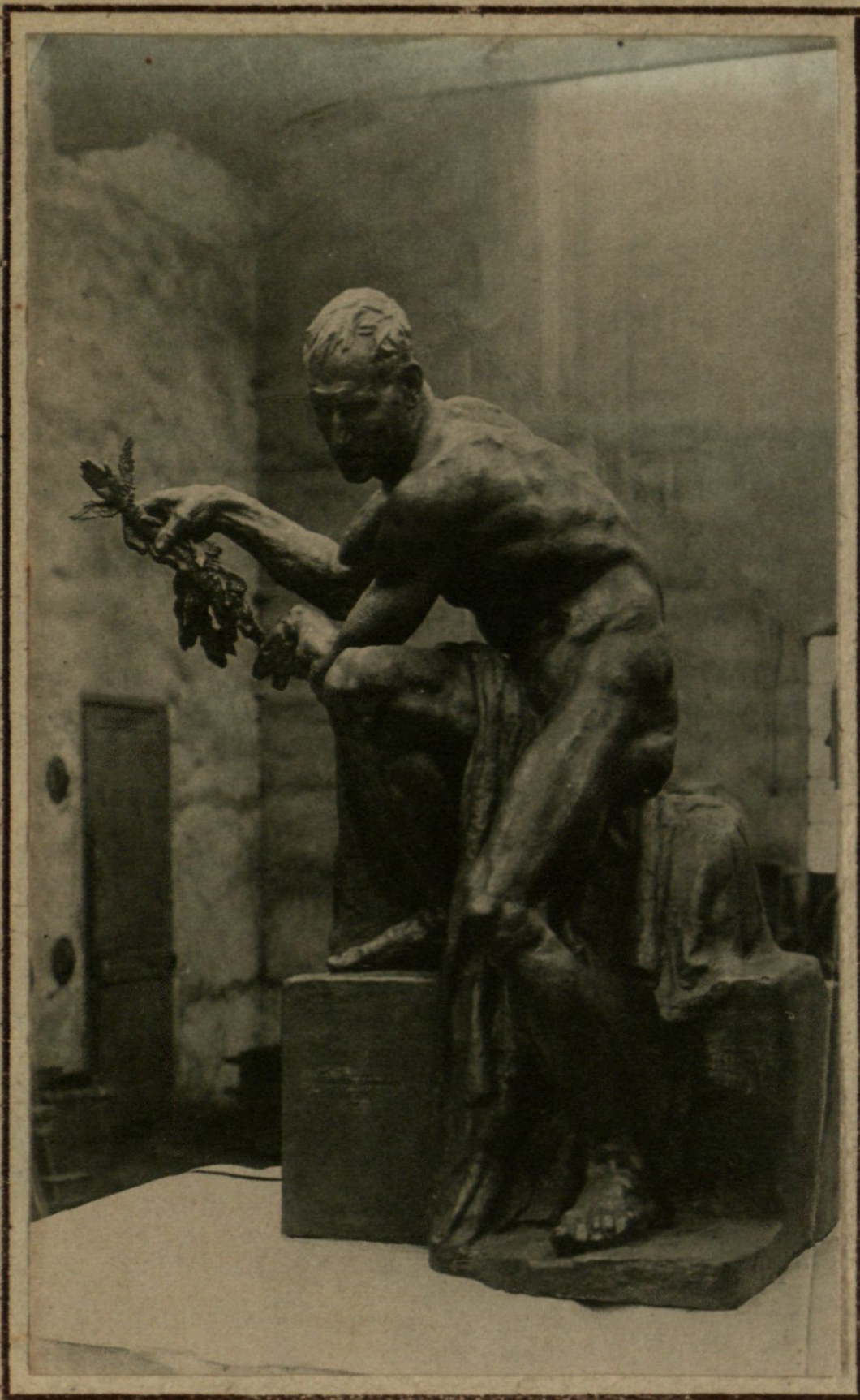


RETRATO



CABEZA DE NIÑO



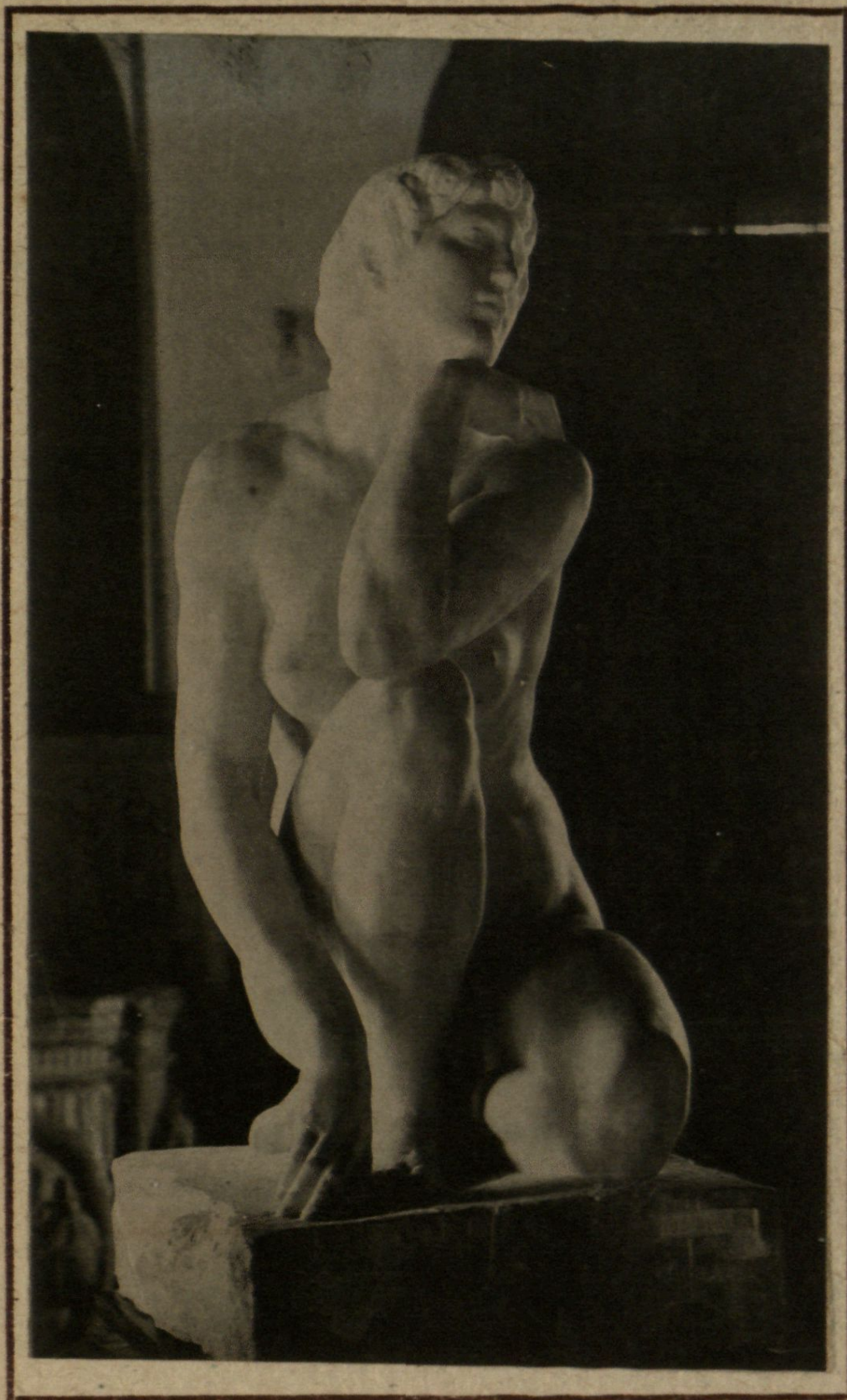


EL TRABAJO





SONIA



LA DIOSA
COLECCIÓN MARQUESSES DE BERMESILLO DEL REY



LA DIOSA
COLECCIÓN MARQUESSES DE BERMEJILLO DEL REY



LA DIOSA
(DETALLE)



RETRATO



RETRATO



LA VIDA CONTEMPLATIVA



DANZARINA
MUSEO DEL LUXEMBURGO. — PARÍS



DIVINIDAD

35





VIDA INTERNA

37



SERENIDAD

38



SERENIDAD

39





RETRATO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE BARCELONA

BIBLIOTECA

REG. 116. 706

SIG. KL / 14186

